

XVII

Yérguese en la popa,
dominando entonces la anchura serena
del mar... Su estatuaria desnudez relumbra,
por el Sol lamida; y hay en la inocencia
de su gesto olímpico, un donaire augusto
y elegante como de confianza plena...

Buzo que no ciñe
goma impermeable ni máscara férrea,
en los apretados dientes luminoso
cuchillo sujeta,
con que el vientre enorme del monstruo marino
largamente rasga si se le atraviesa
y con que más tarde va abriendo las conchas
como amante hastiado de iniciar doncellas...

XVIII

Tal, con el cuchillo
dentro de los firmes dientes, se endereza:
juntas se diría
que en oración muda sus manos eleva;
y, un instante sólo,
su figura toda, plegándose, asienta
en los sacudidos talones, a cuyo
gimnástico golpe la lancha retiembla...
Y en un salto fíngese
el zigzag de un látigo o de una centella!

El buzo en los aires
dibuja una flecha,
que sobre sí misma
da, al fin, una vuelta;
y se mira cómo
logra él de cabeza
sumirse en las aguas, en las que, entre un brusco
círculo, hacia el fondo, rápido penetra...

XIX

A tal zambullida, las aguas profundas
sepáranse como cortinas espesas
y van desdoblado brillantes visiones,
en las que hay hervores de escamas frenéticas...
Urdese el capricho de un caleidoscopio,
donde exalta el iris la fuga violenta
de peces que corren
en un estallido de luces en fiesta...

Embriaguez de opio
parece que rompe con mano colérica
el escaparate de una joyería,
de cuyos estuches se escapan las piedras
preciosas, brincando cual si salpicaran
el delirio de una fiebre aladinesca...

XX

Peces de colores
sosláyanse apenas,
y una como fina raya de diamante
en el cristal puro de las aguas dejan...
Otros van girando,
como si la cola morderse quisieran,
con el voluptuoso placer con que él mismo
zodiaco oprime la celeste esfera...

Peces que, de súbito, en zigzag se cruzan
mienten estocadas que relampaguean...

Hay, a veces, loco
trajín de princesas
encantadas que huyen, tiempo ha, perseguidas
por machos bravíos, en cuyas aletas
escalofrantes
las caricias tiemblan...

Salta un pez y vibra como un latigazo,
bajo cuyo golpe las aguas revientan...
Otro, fulminante, que escapa, diríase
el haz luminoso con que las tinieblas
profundizar logra
súbita linterna...

Tal cual pez inmóvil,
hondamente piensa...
Tal cual se abandona
y arrastrar se deja
por las submarinas corrientes, a modo
de una hoja seca...
Y mil diminutos
peces cabrillean
en más de un confuso tropel, del que saltan
puñados de chispas y de lentejuelas...

Su cotillón bailan
mimosas parejas...

Su ajedrez los pulcros
hipocampos juegan...

Las medusas lucen sus desconcertantes
máscaras en una ficción de tragedias...

XXI

Y entre un laberinto
de algas se descuelga,
violando flotantes jardines, el buzo,
que alarga la diestra
segura a un peñasco
todo estremecido de fosforescencias;
subtrae una concha; y, hacia lo alto, busca
salida, llevando las pupilas ciegas
por un golpe como
de explosión eléctrica...

XXII

Cuando surge el buzo,
jactancioso eleva
dentro del crispado
puño leve concha cuajada de perlas,
cual si se dignase la divina gracia
florecer en lo alto de la humana fuerza...

XXIII

Más tarde, al abrirse
la concha de nácar, mostrando una hilera
de dientes pulidos,
copiará en su estuche la boca risueña
de una virgen india
o una diosa griega.

Tal sonrisa es como la que hay en la boca
de Pandaia, cuando Vichnú en la leyenda
las perlas descubre... y el gentil regalo
le hace de una de ellas.
Tal sonrisa es como la que hay en la boca
de Afrodita, cuando, por la vez primera,
en el cristal limpio del mar reflejada
su fascinadora desnudez contempla...

XXIV

¡Oh las perlas blancas!...
Dientes tan pulidos como los de Eva,
cuando la sabrosa
manzana mordiera...
¡Oh las perlas blancas!
La blancura esconde quizá, en su pureza,
voluptuosidades en que las palomas
mienten en sus nidos senos de doncella...

XXV

Blancuras, blancuras,
blancuras eternas:
nieve en las alturas
y astro en las tinieblas...

¡Oh puras blancuras
de las inocencias:
ramo de azahares
y vellón de ovejas...